



La comuna fantástica de Ascona

La otra piel, Marcela Sánchez Mota, La Cifra Editorial, México, 2015.

Por Eduardo Cerdán

Soplaban los vientos de la preguerra en Europa. Era 1900 y se comenzaba a gestar una comuna anarquista en Ascona, ciudad de la Suiza italiana ubicada entre los Alpes, a orillas del Lago Maggiore. Por su ambiente favorable, aquella ciudad se convirtió en el sitio ideal para establecer una burbuja utópica: Monte Verità. Ida Hoffman y Henri Oedenkoven, aterrados por los extremos del capitalismo y el socialismo, confiaban plenamente en que el *Lebensreform* ('la reforma de vida'), sería la solución para todo. Aseguraban que la vuelta hacia el origen, el contacto con la naturaleza y la comunión del espíritu con el cuerpo explotaría el potencial físico e intelectual que la sociedad nos obliga a reprimir. Así se originó Monte Verità, comuna que se volvió un *mélange* de gente algo chiflada: anarquistas, psiquiatras, escritores, bailarines, naturistas y teósofos que andaban desnudos, se curaban con el sol y se metían quién sabe cuántas sustancias. Figuras importantes como Jung y Herman Hesse visitaron el lugar, por cierto.

Traigo esto a cuento para hablar de una novela que recrea aquel universo fantástico. Me refiero a *La otra piel*, de Marcela Sánchez Mota, que obtuvo el Premio Juan Rulfo a Primera Novela otorgado por el INBA, fue tallereada en la Escuela de Escritores de Mario Bellatin y también fue leída y comentada nada menos que por Daniel Sada. La Cifra Editorial publicó el libro hace ya dos años y en 2015 sacó a la luz su segunda edición. El motor de la novela es la búsqueda de la memoria personal de Mirella, la protagonista, cuyo padre le confiesa antes de morir: "Tu madre es Sophie Lenz, vivió en Ascona." A partir de entonces, Mirella, una historiadora del arte interesada en el

dadaísmo, se embarca en un viaje a la semilla. Su vida se sacude de pronto no sólo por la muerte del padre: también por el desequilibrio sobre su identidad. Se pregunta entonces quién fue Conchita, la mujer que la crió como madre, y cómo demonios llegó a México si nació en la Suiza italiana.

Mediante un flujo de conciencia que todo el tiempo le habla en segunda persona al padre que ya sabemos muerto, nos embarcamos en una reconstrucción del pasado: del origen de Mirella y de lo que fue Monte Verità, donde vivió su madre biológica, según se entera la protagonista por unos documentos que su padre mantuvo ocultos durante mucho tiempo y que incluso intentó destruir. No quiero arruinar la trama de la novela, que es de veras plausible, así que me abocaré a señalar algunos elementos que me parecen destacables.

En la prosa pulidísima de Sánchez Mota aparecen ecos de obras literarias que son, a todas luces, el germen de algunos pasajes de *La otra piel*. Llega, por ejemplo, el eco de Sebald, quien en *Austerlitz* incluye una nota de periódico sobre un sujeto que se mantuvo congelado durante años. En un pasaje muy disfrutable, Sánchez Mota hace una narración en donde también aparece una mujer que ha permanecido congelada. Y la autora, como Sebald, también incluye fotografías que acompañan la narración y que, si bien pueden omitirse sin que ello afecte la lectura de la novela, resultan iluminadoras para recrear el universo extraño de Monte Verità.

Antes de ir a Ascona, en su intento por recuperar su pasado, Mirella viaja al norte de México, de donde es originario su padre, para interrogar a sus tías solteras, agonistas que recuerdan a las de *La casa de Bernarda Alba*. El asunto del misterio y el viaje, por otra parte, me parece un *déjà vu* de las historias de Perec. Asimismo, la descripción de los paisajes de Saltillo nos remiten un poco a la siniestra Luvina de Rulfo, con quien, por cierto, Sánchez Mota tiene mucha afinidad si consideramos que *Pedro Páramo* utiliza el arquetipo de la búsqueda del padre y *La otra piel* hace lo mismo, pero con la figura materna.

Algo que también reclama nuestra atención es el uso de elementos fantásticos en *La otra piel*. La narradora cuenta, verbigracia, una escena de cuando era niña que involucra a una mujer parecida a una bruja de las clásicas, como las que aparecen en los cuentos de hadas. Luego, cuando la protagonista ya se encuentra en Suiza y visita Monte Verità, revive, *literalmente*, tiempos pasados y ve, como si de una película se tratara, a Sophie, a Otto —quien podría ser su padre biológico—, a un grupo de mujeres que se contonean en un baile sensual que se torna siniestro y monstruoso, a un hombre masturbándose en uno de los baños de la comuna, a un tigre blanco...

Lo que me parece notable de *La otra piel* son, en especial, dos cosas. La primera es que abreve en tradiciones novelísticas extranjeras, de corrientes ajenas como el surrealismo, y que logre combinarlas con el contexto mexicano. Marcela Sánchez Mota describe con gran acierto tanto los paisajes de los Alpes suizos como los horrores vividos en 1968, en donde al hermano de la protagonista le mutilaron un dedo.

La segunda virtud que encuentro yo en *La otra piel* es la presencia de nuestro folclor, trabajado de manera muy afortunada. El padre de Mirella, que por supuesto tuvo contacto con los anarquistas de Monte Verità, no se volvió afín a estas ideas sólo porque sí. Sánchez Mota nos explica que la abuela de Mirella murió porque, en lugar de acudir a un médico, fue a buscar a un personaje apodado El Niño Fidencio, un supuesto brujo o chamán o quién sabe qué, que tenía fama de curar enfermos con magia, algo típico del folclor mexicano. El padre, desde entonces, se vuelve fóbico a las supersticiones y se apega al racionalismo.

De lo anterior extraigo otro punto: Marcela Sánchez Mota no deja cabos sueltos. La novela es un universo autótrofo en donde todo se resuelve, todo tiene una justificación y los personajes cuentan con una psicología muy bien desarrollada. *La otra piel* es, como versa la contraportada, “a un tiempo histórica e intimista”, lo cual no es nada fácil. Unir las piezas de la historia de Monte Verità y al mismo tiempo reconstruir el pasado personal del personaje principal implica un enorme riesgo creativo, del cual Marcela Sánchez Mota sale muy bien librada. *La otra piel* es el feliz debut de una novelista atípica en el panorama contemporáneo mexicano, una muestra de auténtico rigor literario•